
TILLICH:

teología y cultura

j. l. gonzález vizmanos

“Puesto que no me era tolerable la hendidura entre una fe inaceptable para la cultura y una cultura inaceptable para la fe, la única alternativa fue intentar interpretar los símbolos de la fe a través de expresiones de nuestra propia cultura. El resultado de este intento son los volúmenes de la *Systematic Theology*”.

Estas palabras reflejan el punto de partida de la teología de Paul Tillich: “una fe inaceptable para la cultura”, expresa su gran preocupación por hacer posible el contenido de la fe al hombre con un bagaje cultural muy distinto y muy alejado del mundo en que se dio la revelación; hay pues en el fondo una intención apologética. “Una cultura inaceptable para la fe”, por tanto hará una teología abierta capaz de integrar lo que de válido hay en la cultura y civilización actual para recuperarlo e incorporarlo en su actitud religiosa, en su compromiso de fe, y ca-

paz por otra parte de denunciar las fuerzas destructivas que amenazan al hombre religioso.

Nació Paul Tillich en Alemania en 1886. Ejerce diversos puestos de profesor de teología y filosofía en su patria. En 1933 es desposeído de su cátedra de filosofía por su oposición al nazismo y emigra a Estados Unidos donde enseña teología en varias universidades. Muere en 1965 a la edad de 79 años.

Fue hombre de una gran cultura y profundamente religioso, lo que le llevó a estudiar constantemente el fondo religioso al que apuntan las diversas manifestaciones culturales. Así se preocupó en 1919 por hacer una interpretación teológica de la historia. Más tarde en el campo social fue de los fundadores del movimiento “socialismo religioso” pues tenía la sensación de que los movimientos revolucionarios de entonces —entre las dos guerras— abrían una nueva era de la historia. Las realidades

posteriores: nazismo, fascismo, comunismo le desilusionaron.

Pero desde la filosofía es sobre todo desde donde realiza esta tarea. Formado en el idealismo alemán, estudió posteriormente a Marx, el existencialismo, fundamentalmente el de Heidegger y el psicoanálisis de Freud. Cuando emigró a EE. UU., se dio cuenta de su provincianismo alemán pues había desatendido toda cultura y filosofía que no fuesen germánicas. Aprendió allá el espíritu pragmático, la filosofía horizontal, llena de realismo, de lengua inglesa.

En su *Theology of Culture* recoge sus reflexiones acerca del sentido de la cultura. Pero es en su *Systematic Theology* donde resume y sistematiza todo su pensamiento; téngase en cuenta que el tercer volumen lo publicó en 1963, cerca ya del fin de su vida.

Buen conocedor de la Biblia, aunque la cita muy pocas veces en su obra teológica, y de los estudios bíblicos en curso, estudió Antiguo Testamento con Wellhausen y Gunkel y Nuevo Testamento sobre todo en la obra de Schweitzer y Bultmann.

método de correlación

La Teología para Paul Tillich es una explicación del contenido de la fe para el hombre de hoy; no se identifica con el contenido de la revelación; es más bien una explicación del mismo.

Lo más central y característico de su teología es el método de correlación; no porque no se haya usado más o menos implícitamente este método en otras teologías, sino porque él lo expresa, radicali-

za y saca todas las consecuencias de él.

El método de correlación consiste en poner en mutua interdependencia las preguntas existenciales acerca de la situación y destino del hombre y las respuestas de la revelación. A Dios le conocemos en tanto en cuanto hemos profundizado en el análisis del hombre. Pero no porque la respuesta venga dada en ese análisis, sino porque la revelación sólo es cognoscible, verdaderamente inteligible, puesta en correlación con la pregunta abierta del hombre. A la inversa, tampoco se puede deducir la pregunta implicada en la existencia humana de la respuesta revelatoria; hay que encontrarla analizando la actividad creadora de la humanidad, expresada sobre todo en la cultura. La pregunta está ahí, en el hombre; hay que hacer el esfuerzo de explicitarla.

La pregunta y la respuesta tienen distinto origen, y sin embargo son puestas en mutua interdependencia cuando son objeto de la teología. Porque sólo entendemos lo que en realidad significa Dios y los símbolos religiosos de la revelación, si experimentamos las ansiedades de la situación humana.

El análisis filosófico proporciona una base universal y amplia de cuestiones acerca del hombre. Pero es abstracto y contiene una descripción del universo. El contenido teológico por el contrario no es descriptivo ni abstracto, es transformador y concreto. Sin embargo filosofía y teología coinciden en el mismo objeto: aquello que nos concierne ("ultimate concern"), es la preocupación fundamental que está escondida en el fondo de toda cultura humana y del pensar filosófico, y que en la religión aflora

abiertamente como objeto directo. No podrá sin embargo la teología evitar el usar lenguaje abstracto, aquel en que vienen dadas las preguntas, pero para abocar a la respuesta concreta, que salva al hombre.

Toda la teología de Paul Tillich es una puesta en práctica del método de correlación, para lo cual sigue en todos sus capítulos un esquema férreo:

- 1.—Análisis de la situación humana;
- 2.—Interpretación del dato revelado.

Así pues el esquema de su teología es el siguiente: Estructura de la razón y la pregunta por una revelación.—La realidad de la revelación.—Estructura ontológica del ser y la pregunta por Dios.—La distorsión del hombre como ser existente, sentido del pecado, la culpa y la pregunta por Cristo.—La realidad de Cristo como portador de un nuevo ser.—Las ambigüedades de la vida: de la religión, de la cultura, de la moralidad, y la pregunta por una vida no ambigua.—La presencia espiritual, su poder salvador y santificador.—La historia y la pregunta por el Reino de Dios.—El Reino de Dios en la historia y como fin de la Historia.

objecciones y consecuencias

No deja de estar sometido a una cierta ambigüedad el método de correlación, de lo cual es consciente el mismo Tillich; es decir, puede ser usado indebidamente. El peligro que acecha puede ser expresado en estos términos: su análisis ontológico, ¿no invadirá la misma teología, resultando ésta más

bien una interpretación filosófica del mensaje cristiano? El hecho de estar adscrito a una escuela filosófica u otra, ¿no predetermina ya el contenido de la revelación? Esta dificultad, expuesta por varios autores ya en vida de Tillich, sobre todo tiene sentido desde la perspectiva de una teología que pretende fundar una ortodoxia, que construye un sistema armónico de dogmas, al estilo de Barth, como si el objeto de la teología fuera hacer una descripción objetiva de Dios y su obra salvadora y no más bien recoger las últimas instancias de la humanidad e iluminar y llenar de sentido con ellas los símbolos religiosos recibidos en la revelación.

Son posibles por tanto diversas teologías paralelas, que no se excluyen sino se complementan. La teología de Paul Tillich no es un término donde se encuentran definitivamente expresadas unas verdades, sino una invitación a seguir abriéndose a la realidad humana, pues el último objetivo que ha de alcanzar la teología no es la consecución de una doctrina legalmente verdadera, sino tocar la profundidad del ser humano, pues ahí es donde se establece la relación del hombre con Dios.

Una primera consecuencia se puede sacar de la exposición del método de correlación. Ciertamente éste no es el único método para crear una teología constructiva, pero serán inaceptables aquellos que destruyan la interdependencia entre la pregunta humana y el contenido de la revelación. En concreto: el método supranaturalista, que hace de la teología una suma de verdades reveladas que caen sobre el hombre desde otro mundo; aquí el hombre es meramente receptivo. El método naturalista,

propio de la teología liberal del siglo pasado, que deduce el mensaje de las propias categorías filosóficas; aquí el hombre se habla a sí mismo. Finalmente el método dualista, que superpone un nivel sobrenatural a otro subnatural, como si el hombre pudiera recibir respuestas a preguntas que nunca ha hecho.

El método de correlación plantea el problema de cómo hay que entender las expresiones religiosas de la Biblia y la tradición cristiana. Toda afirmación que se refiera a nuestra última instancia, a nuestro "ultimate concern" no puede ser más que simbólica, pues ninguna ciencia humana tiene lenguaje apropiado para expresarlo. Por eso mismo la revelación no puede ser recibida como una ciencia, con la actitud mental con que se recibe una disciplina escolar, sino que es un hablar simbólico. El símbolo participa en la realidad que expresa; crece y muere de acuerdo con la correlación entre lo simbolizado y las personas que lo reciben como símbolo. Así pues una inteligencia literalista del mensaje revelado, destruiría su verdadero carácter de símbolo; la religión degeneraría en una superstición.

Sigue siendo fuente privilegiada de la teología la Biblia, aunque no la única; junto con ella hay que poner la historia y la tradición de la Iglesia, y de las culturas religiosas. Pero este material hay que entenderlo, leerlo en el medio en que el hombre se encuentra, en su experiencia vital actual. El contenido de las fuentes no es por tanto ni meramente reproducido, ni abandonado para realizar una nueva producción, sino transformado. Los dogmas cristianos son pues símbolos abiertos, que nos entregan su contenido cuando se va a

ellos con una pregunta y se es capaz de leer en la respuesta más allá del contenido literal de las palabras la realidad a la que apuntan.

autonomía - heteronomía

Toda realidad humana es ambigua. Superar toda ambigüedad significa detectarla primero para recuperar los valores auténticos que lleva consigo el ser en su profundidad y salvarlo así plenamente, una salvación que se realiza ahora en la historia y tiene una dimensión escatológica al fin de los tiempos.

Posiblemente la aportación más interesante de Paul Tillich en este sentido es la descripción de los conceptos de autonomía y heteronomía, como ambigüedades que afectan tanto a la razón humana como a la cultura y que son superadas en una actitud teónoma.

Aplicando este esquema a la razón definamos con Tillich qué es razón autónoma y heterónoma.

Razón autónoma es la que obedece exclusivamente a la ley de la razón; pero una razón técnica que se rige por las leyes formales de la lógica. Lo que no es apresado por las redes de este instrumento racional no tiene sentido. La forma, la estructura devoran el contenido. Lo técnico de la razón se alza así como único instrumento útil para interpretar toda la realidad.

Más allá del concepto de razón técnica se afirma el concepto ontológico de razón: la mente es capaz de aprehender y transformar la realidad. Es el logos en el sentido más intuitivo y crítico. Su objeto propio es la sustancia de lo que aparece en la estructura racio-

nal, lo que se entiende a través y más allá de cada expresión, la cualidad de apuntar hacia la verdad en sí misma. En las culturas religiosas el mito y el culto representan la profundidad de la razón en forma simbólica.

En el extremo contrario de la razón autónoma está la razón heterónoma, que se deja imponer una ley desde el exterior; esta ley llega a formar parte de la razón misma, pretendiendo hablar en nombre de la profundidad de la razón, o sea, de la razón ontológica.

Entre ambos extremos se hace necesaria la búsqueda de una teonomía que responda a la vaciedad de la autonomía y a la destrucción de la heteronomía.

Teonomía significa razón autónoma unida con su propia profundidad; obedece a las leyes estructurales y busca, intuye en su propio fundamento inagotable. En esta situación se hace la pregunta por el sentido y realidad de una revelación.

La revelación no destruye la razón, no la heteronomiza, sino que se define como una manifestación del fundamento del ser y de la profundidad de la razón; apunta al misterio de la existencia, a aquello que nos afecta últimamente. La ciencia, la psicología, la historia son aliadas de la teología en la lucha contra las distorsiones supranaturalistas, heteronomizantes de la genuina revelación.

por una cultura teónoma

Este esquema lo emplea también Tillich para analizar las culturas. El término cultura (Kultur) es más amplio en él de lo que suele

significar en castellano esta palabra: comprende el lenguaje, costumbres, ideas, organización social, civilización, técnica, valores, la misma filosofía, etc., es decir, la creación espiritual en todas las áreas de la vida e instituciones humanas.

Cultura autónoma es aquella que está regida exclusivamente por la razón técnica; toda su profundidad es formal, estructural; intenta crear las formas de vida personal y social sin referencia a algo último e incondicionado, siguiendo sólo las leyes de la racionalidad. Lo sagrado no tiene cabida aquí.

Cultura heterónoma es la regida por una ley extraña y superior al hombre. Con frecuencia se engendra en una religión que ha perdido a Dios, y ha quedado como mera religión. Las formas de pensamiento quedan sometidas a los criterios de una autoridad ya sea eclesiástica ya de una cuasi-religión política.

Naturalmente no se suele dar una cultura autónoma o heterónoma en su estado puro sino con ciertos caracteres mezclados. Incluso en sus vertientes más radicales se llega por ambos caminos al mismo resultado; así por ejemplo una cultura religiosa fuertemente heteronomizada conduce a una profanización de la religión, esto ocurre cuando es sustituida la trascendencia por unos objetos que tienen poder mágico en sí mismos o se reduce a una moral y una cultura. Permanecen quizás palabras y gestos que originariamente fueron expresión espontánea de la experiencia religiosa, pero al perder su referencia a lo incondicionado, se hacen profanos.

Una cultura es teónoma cuando muestra ese difícil equilibrio en-

tre ambas tentaciones. En la teonomía, repite varias veces Tillich, la religión es la substancia de la cultura y la cultura la forma de la religión. Históricamente se suelen suceder unos a otros los tres estilos de cultura: cuando el vacío de una cultura autónoma clama por una hondura sagrada, aparece una época teónoma que enseguida degenera en una heteronomía opresiva que a su vez provoca una reacción autónoma. Así por ejemplo la reacción del protestantismo a principios de siglo contra la teología liberal, tuvo en sus principios caracteres de equilibrio religioso, pero en Barth se transformó en neo-ortodoxia heterónoma.

Téngase en cuenta que en Tillich el concepto de autonomía lleva consigo un elemento de exclusividad, de negación de otra norma, mientras que en otros autores modernos cuando afirman la autonomía de toda actividad humana, es éste un concepto abierto, que no niega necesariamente una referencia ulterior. Así pues, podemos decir que teonomía significa la conjunción de esa autonomía abierta de la actividad humana que se autotransciende a sí misma, que no niega su propia hondura.

conclusión

Con todo lo que llevamos dicho podemos entrar en un tema delicado que por una parte sintetiza su posición teológica y por otra parte relativiza su teología. Es el problema de la norma de la teología. ¿Habrá un principio con respecto al cual se oriente todo su pensar teológico e indique al mismo tiempo la validez de las conclusiones? La norma no puede establecerse al arbitrio del teólogo, sino tiene que ser el resultado del encuentro de

la comunidad cristiana con el mensaje revelado. Este papel lo jugaron en la primitiva comunidad cristiana los diversos credos y más tarde la institución del magisterio eclesiástico. En la reforma luterana ese principio fue la justificación por la fe conjuntamente con la lectura directa de la Biblia.

En otras palabras, si Tillich rehúsa construir una otodoxia, ¿cómo juzgar de su fidelidad al mensaje revelado? ¿Cómo sabremos que su teología es una auténtica respuesta, válida para el cristiano y no una mera especulación personal? No basta la mera consistencia interna, es necesario que nos ponga en camino para superar las ambigüedades de la existencia humana, de la cultura, etc., en una palabra, que nos ponga en camino de salvación. Aquí ya tocamos lo que será la norma de su teología. Procediendo negativamente, es claro que su teología deberá rechazar las dos tentaciones que acechan a toda forma cultural. Por una parte el dogmatismo heteronomizante, el autoritarismo que pretende encerrar lo infinito, lo incondicionado, en unas formas finitas, cuestionables, que sustituyen la relación última del hombre con Dios por una obediencia a fórmulas impuestas desde fuera y que no expresan la inagotable riqueza del fondo religioso. Esto no significa que rechace la autoridad en la Iglesia, con tal de que no se ejerza en nombre de lo infinito, sino que esté basada en una superioridad de conocimiento, de capacidad, sin degenerar en una autoridad "establecida". Por otra parte rechazará la posición autónoma negadora de todo problema último, que toma de lo religioso su forma cultural solamente, inmanentizándolo, haciéndolo objeto de un estudio aséptico, que no compromete. Pero si la norma no ha de

ser un principio muy general, sino algo que module y dé vida a una teología, debe tener en cuenta la situación del hombre en ese momento, tendrá que ir cambiando a medida que cambian las aspiraciones de la humanidad, y además serán posibles diversas teologías paralelas, que no excluyen. La norma se convierte entonces más bien en un acento, en un énfasis especial que proviene de una percepción concreta de la realidad.

Para Tillich la norma de su teología, el criterio para el uso de todas las fuentes de la teología sistemática es el Nuevo Ser manifestado en Jesús el Cristo como nuestro "ultimate concern". El Nuevo Ser

es una expresión paralela a la de San Pablo "nueva creación", esa realidad en que son superadas las ambigüedades de la existencia, "realidad de reconciliación y reunión, de creatividad, sentido y esperanza". Esta fórmula sólo puede ser plenamente entendida al ir leyendo las páginas de su teología, pues expresa demasiado sintéticamente el núcleo de su pensamiento. El que el esfuerzo de Paul Tillich no pretenda ser la construcción de una teología absoluta, le proporciona en cambio ese carácter de validez para el hombre actual, de cercanía a sus problemas, de servicio, sin pretensiones pero eficaz, a la fe del que siente que sus cimientos se tambalean.

Mi experiencia personal es que estoy rezando de veras por la gente, agonizando con Dios por ellos, precisamente cuando salgo a su encuentro y realmente les doy mi alma entera. Es entonces, en todo caso, en esa relación encarnada, cuando la profundidad habla a la profundidad y cuando el espíritu de Dios puede recoger nuestros gemidos inarticulados y convertirlos en plegarias.

Robinson